

Homenaje a Enrique Marí

Claudio Martinyuk

Bajo el dolor, en esta llanura vacía de esperanzas la tristeza toca los corazones y el desánimo se monta sobre antiguos gestos de soberbia. Ya se recolectó todo. Ya todo se consumió. No queda trabajo, ese trabajo colectivo que día a día debe arar los problemas y comprometerse con las soluciones. En la llanura fértil domina la pobreza, la miseria política; el presente es detención y el futuro se estrecha. Hasta se esfumó la ilusión de una fiesta desesperada. Males y zozobras pesan sobre nuestra existencia, la achatan, nos aplanan.

Enrique Marí, filósofo y profesor universitario fallecido el 3 de julio del año pasado, escribió hace una docena de años un ensayo titulado “Pensar la Argentina”, y en ese pensar advertía sobre las largas pausas en el análisis crítico reflexivo. También señalaba que la crítica ácida, muy ácida, suele tener la forma de “este país”, forma que le evita al interlocutor involucrarse, como si “en este país” fuéramos todos observadores o meras víctimas. Por eso Marí denunciaba el limitado uso de los pronombres personales “mi” o “nuestro país”.

Se fue plasmando así una visión fantasmagórica, en la que los males, nues-

tros dolores, pertenecen al orden de lo extranjero y caen sobre nosotros, frágiles e indefensos, inocentes seres. “Enfermedad-crisis en la que los sospechados son siempre los otros: las tinieblas adversas, las oscuras maquinaciones que llegan desde los cuatro vientos, desde afuera de los muros”, escribió Marí, señalando así que “el libro de la sociedad argentina habría que leerlo con los caracteres simbólicos de lo atroz y de lo desesperante”.

Esta perspectiva, esta auto-representación, produce sobre la sociedad un plus de opacidad. *Crisis-catástrofe* que todo lo embota, pero que en especial paraliza a la capacidad reflexiva. Su “vigorosa capacidad para dinamizar el descrédito” detiene todo esfuerzo cognoscitivo como si ya, antes de empezar, estuviera condenado al fracaso. Avanza con frenesí la descalificación de la democracia, el autoritarismo –siempre a flor de piel y en lo más hondo del bolsillo–, y la intriga; todo riega y engruesa a las raíces de la crisis. Esas raíces sostienen la decadencia de un país y el decaimiento de sus habitantes. La crisis, entonces, de transitoria se hace permanente, eterna, insoluble, impensable. Y el sufrimiento se *cura* con huidas, corazas que

Walter Dr.
Benjamin

Walter Benjamin



insensibilizan y con pestes emotivas; todo en vano, todo finaliza con un dolor mayor.

Argentina, hogar de la crisis, espacio discursivo que potencia las dificultades económicas, políticas y administrativas, que nos deja, individual y colectivamente, impotentes y en la postración. En el registro sociológico, el discurso de la crisis-catástrofe obstaculiza e impide la comprensión racional de las dificultades que deben ser removidas. Pero además produce un efecto perverso, devastador sobre el trabajo del saber y del hacer orientado a solucionar problemas, a transformar. Ese efecto perverso hace subjetivo al trabajo, llena de desconfianza y de obstáculos a la acumulación intersubjetiva de voluntades y de pensamientos, desalienta antes de empezar, descreo antes de saber, cansa antes de iniciar cualquier mínimo esfuerzo colectivo.

La ideología de la crisis-catástrofe se muestra, entonces, como inmune a cualquier remedio. Está más allá de la verdad, y propaga su omnipotencia.

No se trata de negar la crisis, sino de buscar la salida de un mosquitero que nos tiene atrapados como moscas. ¿Cómo recuperar la capacidad de formular y discutir intersubjetivamente los problemas sociales? ¿Cómo salir de esta pegajosa sociodicea negativa que condena todo esfuerzo colectivo al fracaso? ¿Cómo disipar el embrujo que hace que

se esterilice cualquier programa de aprehensión cognitiva de la crisis?

“La ideología de la crisis asume la forma mitológica del Eiris griego o de la Discordia romana, la divinidad malévolas que se complacía en suscitar querellas y guerras, Madre del hambre, la miseria y la mentira, de cabellos erizados de serpientes según Virgilio, hija de la Noche según Hesíodo. Como Eiris, compañera de las Furias, la ideología de la crisis convierte al disenso en discordia.” Erudito camino tomó Marí, el cual nos ayuda a saber que a la crisis real, a la crisis que tanto dolor provoca, la acompaña esta ideología que nos envuelve en la impotencia y en la hostilidad. Crisis y, además, recelo y hostilidad hacia el otro. Crisis e ideología de la crisis dan como resultado esta debilidad, esta entrega, esta resignación.

“Una pregunta como ¿tiene salida la Argentina? sería contestada con un no por la ideología de la crisis-catástrofe. Pero esta respuesta no apuntaría, en verdad, al contexto temporal del futuro en que la pregunta se formula, sino al empeño de retornar al pasado no democrático.” Así concluía el texto Marí, y ese párrafo condensa toda la oscura capacidad performativa de la ideología de la crisis-catástrofe, un embrujo con el poder de conducirnos ciegamente a una geografía aún más árida, a una hostilidad sangrante, a la desaparición del pensamiento y del trabajo, a la hambruna y al frío más intenso. ✱